



NETZULA

JOSÉ MARÍA  
LACUNZA



**NOVELAS** en **TRANSITO**

Esta colección ofrece un recorrido indispensable por la novela corta en México. Las primeras historias ven nacer el México independiente; las últimas, el país que surgió de la Revolución armada de 1910 y sus consecuencias culturales. No importa que las novelas vayan ligeras de equipaje, seguramente el viaje será largo.

La novela corta. Una biblioteca virtual  
[www.lanovelacorta.com](http://www.lanovelacorta.com)

# NETZULA

JOSÉ MARÍA LACUNZA

Alfredo Ruiz Islas  
Presentación

Braulio Aguilar y Karen Chincoya  
Edición

Novelas en Tránsito  
Segunda Serie



**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA

**FONCA**

*La novela corta. Una biblioteca virtual*

www.lanovelacorta.com

NOVELAS EN TRÁNSITO

Segunda Serie

Gustavo Jiménez Aguirre, *director*

CONSEJO EDITORIAL

Gabriel Manuel Enríquez Hernández, Verónica

Hernández Landa Valencia, Gustavo Jiménez Aguirre,

Elíff Lara Astorga y Luz América Viveros

ASISTENCIA EDITORIAL

Braulio Aguilar Velázquez y Karla Ximena Salinas Gallegos

José María Lacunza, *Netzula*

Primera edición digital: 22 de octubre de 2018

D.R. © 2018 Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Filológicas

Circuito Mario de la Cueva, s. n.

Ciudad Universitaria, C. P. 045 10, Ciudad de México.

Esta publicación se realizó con apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través del Programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales 2017.

Diseño de la colección: Andrea Jiménez

Ilustración de portada: Gonzalo Fontano

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)

ISBN: EN TRÁMITE

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.

Hecho en México.

## ÍNDICE

Presentación. José María Lacunza, <i>Netzula</i>	
<i>Alfredo Ruiz Islas</i> .....	5
<i>Netzula</i>	
I. Eran los últimos días de Moctezuma .....	19
II. La hija del guerrero continuó .....	29
III. El día de un combate se aproximaba .....	33
IV. El día se acercaba .....	41
V. Los hijos de la España se han extendido .....	47
VI. La joven está solitaria y afligida .....	53
VII. Octai, madre tierna .....	59
VIII. ¿Qué es la vida? .....	63
Noticia del texto .....	69
José María Lacunza. Trazo biográfico .....	71

## PRESENTACIÓN

José María Lacunza, *Netzula*

Alfredo Ruiz Islas

El XIX es el siglo de los nacionalismos. Una época en la que, en lugares de Occidente tan disímiles como Polonia, Bélgica y la América hispana, las personas comenzaron a preguntarse quiénes eran. De dónde venían. Qué era lo que, en determinadas circunstancias, podía hermanar a sujetos enclavados al interior de un conjunto dado de fronteras, pero que, en realidad, tenían poco en común entre sí. Personas que trataban, en algunos casos con desesperación, de encontrar a quiénes podían nombrar, con alguna dosis de certeza, “nosotros” para, a continuación, tomar distancia de esos que, naturalmente, serían “los otros”.

México no fue ajeno a la dinámica mencionada. En el siglo XIX, de manera sucesiva, tuvieron lugar la crisis y la subsiguiente disolución de la monarquía hispánica en ultramar, la proclamación de la independencia y el

continuo experimentar con formas políticas que, por una razón o por otra, no convencían a unos ni resultaban funcionales para otros. Los vaivenes de la política no permitían, de ninguna manera, dar forma o siquiera poner sobre la mesa asuntos de tipo social que terminaban por repercutir en la toma de decisiones y la construcción de condiciones para llevar al país adelante. Por ejemplo, la definición de la identidad nacional: ¿quiénes eran éstos que, a partir de 1821, pero también desde tiempo atrás, se hacían llamar “mexicanos”? ¿Eran mejores, peores o simplemente distintos de aquellos criollos que se habían levantado en armas contra el régimen virreinal? ¿Podían los que vivían dentro de las fronteras de ese inmenso Imperio mexicano considerarse todos iguales? Eso mismo, la igualdad, ¿qué implicaba? ¿Era un asunto integral que involucraba a la persona como tal o sólo se refería al ámbito legal?

La definición de lo mexicano se tramó, como cabría esperar, desde dos polos: uno, el pasado; otro, el presente. En el pasado se ubicaron los referentes míticos, los personajes sin mancha, los creadores de grandes civilizaciones cuyo tránsito glorioso había sido truncado por obra de la Conquista. Por su parte, en el presente se encontró lo que no se quería ser, lo que resultaba repugnante, lo que se abominaba y de lo que, a toda costa, se trataba de huir: en algunos casos fue el estadounidense,

heredero del enemigo multiseccular del mundo hispánico, el inglés; en otros casos fue el español, heredero a su vez del conquistador, beneficiario de los excesos del régimen colonial, de las matanzas de indígenas, del expolio de sus riquezas. Fue así, en el ser y el no ser, a caballo entre la argumentación justiciera y la incongruencia manifiesta, que la identidad comenzó a encontrar su camino, a extenderse entre la población y a hallar los medios necesarios para ser apropiada por los habitantes de un país profundamente regionalista, donde el término “México” no solía decir nada. O decía muy poco.

Es en este contexto, entre el rescate de la tradición indígena y la expresión de rechazo a todo lo que tuviera que ver con España y lo español, que vio la luz *Netzula*, obra de José María Lacunza, nacido en la Ciudad de México en 1809 y muerto en La Habana en 1869. Como cualquiera de su generación —y de las subsiguientes— que deseara ser alguien en esta vida y trascender, Lacunza se dedicó a la escritura de libros y artículos periodísticos, a la política de gabinete y a la diplomacia. Esto mismo le permitió intervenir en los asuntos de interés general del modo en el que era habitual para los hombres públicos del siglo XIX, al ser, por una parte, productores de noticias en su faceta como integrantes de la administración pública o del Congreso, mientras que, por otra, eran quienes se

encargaban de formar la opinión pública mediante el análisis vertido en notas, opiniones y comentarios publicados por los diarios. Requería, entonces, ser un hombre de su tiempo en toda la extensión de la palabra: uno que estuviera al tanto de lo que flotaba en el ambiente, que tuviera capacidad para tomar una postura y, quizá lo más importante, que pudiera transmitirlo por los canales adecuados a los reducidos grupos de lectores que existían en el momento.

*Netzula*, escrita en 1832 y publicada en 1837, es una toma de postura. Tan simple y tan complejo como eso. Una toma de postura frente a un asunto que, según se ha visto en los párrafos anteriores, requería ser sometido a escrutinio y, sobre todo, precisaba de respuestas claras: la identidad nacional. En concreto, quiénes son los mexicanos, de dónde vienen, dónde encuentran sus raíces. La respuesta que emana de la lectura de la obra no deja lugar a dudas: los mexicanos descienden de los pobladores que habitaban el Anáhuac antes de la Conquista. Heroicos, cierto, pero también sensibles, cultos, inteligentes y civilizados. Nativos que sucumbieron ante el acero y la pólvora, que vieron al español irrumpir en su territorio y tomar todo lo que encontraba a su alcance. Indígenas, en suma, cuyas figuras debían ser recuperadas y, al mismo tiempo, situadas frente al enemigo para aquilatar lo rescatable de la naciente identidad

y rechazar de inmediato lo otro, lo que no merecía ser incorporado a ese ser nacional bajo ninguna circunstancia: lo español. Incongruente, sin duda, visto que se vivía en un país profundamente mestizo, pero comprensible al considerar los fenómenos que tenían lugar más o menos al mismo tiempo que Lacunza daba forma a su relato: tres años atrás, el gobierno de Vicente Guerrero había ordenado la expulsión del país de todos los españoles que no estuvieran casados con mexicanas, que no tuvieran hijos mexicanos o que no padecieran alguna enfermedad que los incapacitara. Unos meses antes, en noviembre de 1828, una turba enfurecida había entrado al edificio del Parián, donde tenían asiento los principales comercios españoles de la capital —y probablemente del país— y había arrasado con todo. El sentimiento antiespañol era palpable. La necesidad de tomar venganza por los ultrajes recibidos a lo largo de los trescientos años de existencia del virreinato de la Nueva España, reales o imaginarios, anidaba en el pecho de muchos y sólo buscaba la ocasión adecuada para salir, ya fuera en forma de discursos patrióticos, de actos vandálicos o de instrumentos legales. O incluso de novelas.

*Netzula* es una novela corta, es decir, un texto más rico en detalles que el cuento, pero menos prolijo que la novela. En este caso, la extensión del relato impone límites estrictos al mundo novelado y obliga a Lacunza

a concentrarse en los elementos de mayor profundidad. Así, el paisaje es solamente bosquejado con trazos gruesos, bastos, de esos que permiten saber dónde tiene lugar la acción, pero que evitan entrar en detalles al confiar en que el lector será capaz de inferirlos de forma apropiada. Lo mismo sucede con las acciones que se ubican más allá de la órbita en la que se mueven los personajes: se esbozan, se comentan más o menos al pasar y se deja al lector la tarea de situarlas con mayor precisión. Ambos procedimientos le permiten al autor contar con el espacio suficiente para desplegar frente al lector lo que de verdad le interesa: los sentimientos que invaden —y que incluso desbordan— a los protagonistas de su relato, los lazos que se tienden entre aquéllos y los distintos modos en los que sufren alteraciones a medida que el drama se desarrolla y queda de manifiesto la infructuosa lucha que se traba entre indígenas y españoles.

Según afirman los expertos, *Netzula* es la primera novela de tema indígena escrita en México. Es decir, la primera en la que los indígenas se ubican en los papeles principales y, desde sí mismos, dan cuenta de su andar por el mundo, de sus intereses y sus preocupaciones. Sin embargo, como puede apreciarse desde el primer momento, la novela no se parece en nada a cualquier otra que pudiera encontrarse dentro de la misma te-

mática, como sería el caso de los trabajos de Gregorio López y Fuentes o Rosario Castellanos en el ámbito nacional, o de Karl May y J. Fenimore Cooper en el internacional. Conviene entonces preguntarse qué indígenas son esos que pueblan el texto de José María Lacunza, de dónde surgen o, quizá, a qué se parecen.

Como punto de partida parece adecuado decir que, entre los múltiples intereses intelectuales de José María Lacunza, se encontraba la Historia. Muestra de ello es la disputa que sostendría, en la década de 1840, con José Justo Gómez, conde de la Cortina, a propósito del método que debía seguirse en la enseñanza de la disciplina histórica, los fines que debería tener la transmisión de conocimientos históricos a distintos segmentos de la población y los temas que tendrían que ser considerados en el proceso. El hombre hablaba, no desde la intuición, ni tampoco desde la ocurrencia. Por el contrario, sus conocimientos le permitían remitirse al mundo clásico, a las figuras desde las que se construía la argumentación histórica en Grecia y en Roma, a las características poseídas por el discurso histórico en distintos momentos y escenarios. No obstante, aun ahí era notorio que el pasado propio, su pasado en tanto individuo perteneciente a un conglomerado humano en particular, le era más bien ignorado. Sabía de la antigüedad grecolatina, sí. Y quizá

sus saberes eran amplios. Por el contrario, de México parecía desconocerlo casi todo. Diez años antes, al momento de escribir *Netzula*, esa falta de conocimiento era aún más notoria.

El desconocimiento del mundo indígena de que hace gala José María Lacunza a lo largo de su novela, ¿es censurable? ¿Merece realmente el alud de críticas que le han llovido, desde las que lo acusan de falsificar el mundo indígena hasta las que lo tachan de ignorante, ingenuo, crédulo o displicente? Todo depende del punto de vista que se asuma al enfrentarse al relato. Después de todo, es un producto de ficción, una novela, un texto surgido de la mente de un sujeto en particular con un fin bien delimitado: hacer justicia a esos individuos que, en el pasado, habían muerto a manos de sujetos extraños. Dicho de otro modo, es evidente que lo único que le interesaba a Lacunza era reivindicar al indígena, a su cultura, a su mundo. A ese mundo que se vio finalizado de forma abrupta por obra de la Conquista o que, en el mejor de los casos, debió retraerse, esconderse e intentar sobrevivir fuera de la influencia de esos que no sólo llegaron dispuestos a tomar el oro y las riquezas en general, sino que, más allá, perseguían la completa aculturación de los naturales.

En este sentido, la obra de Lacunza cumple con su cometido: a través de sus páginas, el lector del siglo xix

podía observar el final de una civilización, pero no de cualquiera, sino de esa, la prehispánica, la del Anáhuac, la que el discurso oficial se encargaba, poco a poco, de ubicar como la suya propia. Luego de tomar nota de los pormenores asociados al final del mundo indígena, el lector se compadecía de quienes habían vivido esa misma extinción y, a la vez, se preguntaba por qué las cosas tenían que haber sucedido de ese modo. Acto seguido enfurecía. A la furia seguía, lógicamente, buscar un responsable, alguien a quién culpar de la tragedia. No tenía que esforzarse demasiado: el español estaba ahí, al alcance de la mano, ya fuera de cuerpo presente o a través de sus creaciones y su legado, del modo en el que había transformado la cultura de los indígenas y había dado paso a una nueva forma de ver y entender el mundo. La identidad nacional, aún difícil de ubicarse como algo existente en la década de 1830, encontraba un pequeño asidero para levantar la cabeza y, aunque fuera en el discurso, hacerse presente a partir de uno de sus elementos más básicos: la negación del otro como medio para afirmarse a sí mismo.

Cierto es que *Netzula* es la recreación ingenua del indígena que vivía en el pasado remoto con base en lo que se suponía que debía haber sido. Ciertamente, también, que la construcción del mismo en la obra de Lacunza se realizó sin investigar en lo más mínimo y, peor



todavía, sin voltear a los lados a ver al indígena que se tenía cerca, que vivía en condiciones miserables y que, de un modo o de otro, traía ese pasado añorado al presente: como en nada se parecían su miseria y su desamparo a la gloria y la grandeza que se asociaba con lo indígena —con lo *realmente* indígena—, quedaba descartado de antemano como portador de información veraz relacionada consigo mismo y con los que lo habían antecedido. Así, sin remitirse a alguna fuente confiable —Clavijero o Veytia, por ejemplo—, y sin echar un vistazo a su alrededor para, al menos, darse una idea vaga de cómo era que actuaban esos indígenas de los que se disponía a hablar, Lacunza terminó por escribir una novela indigenista... sin indígenas. O, al menos, sin unos que lo parecieran porque, si no se reiterara continuamente que esos son indígenas, que viven en el Anáhuac y que pelean contra unos tipos que han llegado a dominarlos, los protagonistas de *Netzula* podrían ser cualquier cosa. Mexicanos del siglo XIX, por ejemplo.

A pesar de lo anterior, es necesario recalcar que, al ser un producto de ficción, no es posible pedir a *Netzula* que la suya sea una visión fidedigna del pasado. Primero, porque, como se ha dicho en su oportunidad, su condición literaria la exime de semejante responsabilidad. Segundo, porque, como cualquier texto, sea histórico o literario, se produce en un presente y es de ese presente

del que da cuenta, ya sea a través de las preguntas que se formula, de los temas que aborda o de las imágenes que crea y proyecta. Lacunza escribe en un presente del que da cuenta, un presente que determina lo que habrá de decir, que le plantea preocupaciones a las que debe dar solución y, también, que le muestra los caminos para lograrlo. Y es en ese presente en el que Lacunza ve indispensable dotar a los mexicanos de elementos para construir su identidad, para diferenciarse del resto de los pobladores del mundo —o, en un plano más inmediato, de quienes vivían en la América hispánica— y marchar en pos de un futuro que, ya desde ese momento, se mostraba incierto. No importaba demasiado si esos elementos eran falsos o extraños, o más propios de la modernidad occidental que del pasado mesoamericano: importaba darles a los habitantes de ese inmenso México algo de qué asirse, algo para afirmarse, algo por lo que pudieran sentir orgullo. Algo que tal vez, en un futuro previsible, eliminaría las fronteras erigidas por el regionalismo y daría paso a la aparición de una sola identidad. Una identidad verdaderamente nacional, dotada quizá de elementos de mayor solidez en los cuales apoyarse.

NETZULA

**E**ran los últimos días de Moctezuma: el Imperio volaba a su ruina, y la espada de los españoles hacía estremecer el trono del monarca; donde quiera se escuchaban sus victorias, y los hijos de América doblaban el cuello a la cadena de los conquistadores.

Ixtlou, en otro tiempo terror del enemigo en los combates, se había retirado a la cueva de la montaña, porque no quería presenciar la esclavitud de la patria. Allí esperaba la muerte, y el sepulcro debía ser el escudo que le librara de la furia del vencedor; sólo Netzula, su hija, sabía el retiro del anciano y le proveía en él de los alimentos; también Octai era sabedora del refugio de su esposo.

La noche estaba serena; la luna brillaba en toda su luz, y la hija del guerrero caminaba tímida y silenciosa a visitar al héroe, parecía un fantasma que vaga por el campo de la noche; vestida de blanco y suelto el cabello se estremecía al oír el ruido de la yerba que movía con sus pasos, y la sombra de los árboles que se agitaba pausadamente con la brisa la hacía temblar.

Se adelantó ligera por el campo y llegó a la habitación del anciano; estaba sentado sobre una piedra del monte, e inmutable, como su desgracia, vio a la virgen y sonrió.

—Hija mía —le dijo—, ¿me traes nuevas de los valientes de Anáhuac? ¿Han acabado sus días o aún corre la sangre del enemigo en la piedra de sus lanzas?

—No acabaron, padre, no acabaron —contestó la joven—; aún puede su espada abrir el sepulcro a los opresores, y pronto será la batalla que decidirá la suerte de la patria; el arco está en la mano de los valientes, y sobre sus hombros refleja la luz en la punta de sus dardos.

—¡Ay! —exclamó el anciano—; así reflejó alguna vez sobre mi escudo, cuando mi mano era fuerte en los combates; cuando Ixtlou se adelantaba el primero y combatía con los leones del bosque. Entonces me amaba la juventud, y tu madre era la envidia de mil doncellas; pero ahora no me resta sino un brazo que apenas sostiene mi cuerpo cuando me apoyo en tus hombros, y mis piernas no ensayan otro camino que el sepulcro.

Calló por un momento y continuó con un ardor mayor que el que ofrecían sus años y su cabeza, semejante al ala de la paloma.

—¡Tuviera yo tu fuerza, hijo mío, Utali!, ¡tuviera yo tu fuerza! No estaría ocioso, escondido bajo de la

montaña; volaría al combate y vertería la sangre del extranjero, la sangre de los hijos del océano; entonces en el lugar del campo en que cayese herido se alzaría un recuerdo, y mi alma se uniría a la de los héroes después de la vida para que me admirasen los hijos del tiempo por venir.

Netzula estrechaba una de sus manos con ternura, y alguna vez se sentía alegre al encontrarse sus ojos con los de su padre; tal vez suspiraba por su hermano que estaba en el ejército, a quien amaba como a su corazón; pero la esperanza que se encendía en su alma le ofrecía la gloria y el triunfo; así es el espíritu de la juventud: le halagan y le consuelan las esperanzas, y no se abre al mal sino cuando es inevitable y le amenaza ya sobre su cabeza.

Antes de amanecer volvió a ver a su madre que la esperaba con el ansia de la incertidumbre. Octai, que en los años de paz se lanzaba a las danzas y a los bailes de la juventud, con la ligereza de un joven ciervo que brinca por las rocas, que [era] alegre como la aurora de la primavera, y hermosa como el iris en el centro de la oscuridad cuando las nubes son el manto negro del cielo; Octai, que había encantado el corazón de Ixtlou cuando era general de sus compatriotas en los combates de la gloria, hoy recostada y melancólica bajo una cabaña solitaria recordaba los días pasados, y miraba

con una lástima mezclada de sobresalto a Netzula que resplandecía de juventud y belleza.

No le quedaba de los pasados placeres sino el de tener las noticias que su hija le traía cada noche del amado de su corazón, pues postrada por los dolores caminaba lentamente a visitar a sus abuelos en el firmamento.

Muchas noches pasaron sin que en ninguna faltase la hija de Octai en visitar a su padre, y consolar en cuanto podía el agitado corazón de los dos esposos. Unas veces conversaba con su madre de la hermosura de los campos y de la vuelta de su hermano, y su alma bebía el deleite en las ilusiones y en las esperanzas.

Pero el anciano gustaba más de oír las hazañas de su hijo Utali, que era segundo después de Oxfeler, general del ejército de la América; la virgen contaba a su padre los triunfos pequeños de aquellos días, y no podía menos que estremecerse a las escenas de sangre que se renovaban.

Ya la luna no brillaba, y sólo las estrellas resplandecían en la noche. Netzula, que aunque no temía ya en la serenidad, se sobresaltaba de cualquier motivo que le ocurría de nuevo, volvía de la cabaña del anciano, y su pensamiento estaba lleno de las ideas de su familia. Creyó escuchar de repente un suspiro y se detuvo; aun el aliento había suspendido y temblaba todo su cuerpo.

No se atrevía a mirar hacia ninguna parte, y recelaba aun el desengaño que esperaba fuese funesto. Pasado largo tiempo extendió su vista, pero vio todo en una tranquilidad capaz de asegurarla; y como no percibió ya el motivo que la había intimidado, se avergonzó a sus solas, y resolvió seguir y guardar en silencio aquel acontecimiento.

Estaba resuelta a no asustarse de nuevo por estos ruidos; pero a pesar de esto, al pasar por aquel lugar apresuraba el paso y palpitaba aceleradamente su corazón. No tenemos dominio sobre nuestros sentimientos: nos arrastran involuntariamente y somos su víctima, el juguete de las ilusiones del alma.

Casi había olvidado este suceso; pero otra noche, al ir a la cabaña de su padre, le pareció escuchar un ruido de alguna persona que caminaba por las inmediaciones. El temor de su alma no era tan grande como la vez pasada, pero estaba muy lejos de la tranquilidad. Determinó esperar, y creyó convencerse más y más de que respiraban y aun hablaban una u otra palabra cerca de ella.

La primera sorpresa había pasado y Netzula permanecía inmóvil, así por el miedo que no le permitía adelantar un solo paso, como por la curiosidad que le inspiraba saber quién en aquella hora podía vagar por los árboles del monte. Aplicó su oído y percibió una voz débil que cantaba:

—Brillante firmamento, habitación del sol que te abandona en este instante, recíbeme, abre tus puertas que ya voy a ti a unirme con las almas de mis amigos, de mis padres, de mi esposa adorada, a esperar a Oxfeler, a mi hijo, el amigo de mi vejez.

”¿Qué soy sobre los campos de Anáhuac? Arbusto deshojado y seco que el huracán despojó de su vestidura, y no da sombra al viajero cansado, y estorba a los cazadores. Brillante firmamento, abre tus puertas y recibe a Ogaule; allá me uniré con Ixtlou, el amigo de mi juventud”.

Ogaule era amigo de Ixtlou, y la virgen le había oído nombrar muchas veces en las conversaciones de su padre. Mas ahora, después de una larga ausencia, se le creía generalmente muerto aun por sus más íntimos amigos.

Netzula con toda la confianza de la juventud, y disipados completamente sus temores, se adelantó hacia el anciano que estaba recostado sobre el campo al pie de una roca; él volvió la cabeza, blanca como la escarcha de invierno, y exclamó con una voz melancólica:

—¿Quién viene a turbar en medio de la noche la soledad del infortunio? ¿Quién se aproxima al viejo que sólo piensa en volver al sepulcro? ¿Es el hijo del extranjero que viene a abrirme la tumba o el genio del consuelo que viene en la noche a aliviar mi dolor? Her-

mosa joven —continuó mirando a Netzula que se había aproximado lo bastante para que él pudiera distinguirla—, hermosa virgen, ¿vienes a auxiliar la desgracia?

—Soy la hija de tu amigo —exclamó ella—; la hija de Ixtlou, el valiente en los campos de guerra; su espada no centellea en los combates, pero las memorias de sus amigos se alzan en su corazón. Los años arrebataron su fuerza, pero no sus recuerdos de la antigüedad.

—Ven, acércate —exclamó Ogaule—, acércate y que estreche en mis brazos al único resto de mi amigo; pronto me uniré a él y le diré allá en el firmamento: “Tu hija ha descansado su frente sobre mi pecho; ha sentido palpar mi corazón al recordar las acciones que ejecutamos juntos”.

—Tu amigo no habita en el firmamento —replicó ella—, está como tú, habitando en el retiro de la montaña; allí se ha sustraído a la dominación del vencedor, allí espera la muerte o el triunfo de la patria; ¿por qué no te unes a él y será menos amarga la soledad?

—Sí, hija mía —replicó el anciano—; cuando mi boca empezaba a recibir la sombra de la juventud, ¡oh!, entonces estos brazos, que ahora ciñen débilmente tu cuerpo, aterraban a los valientes en las batallas y ahogaban a las fieras del bosque; la espada del enemigo estaba muchas veces a mis pies, y mis manos se empaparon en la sangre de los osos; la patria jamás clamó entonces

en vano, jamás Ogaule llegó el segundo a las filas de los guerreros, pero hoy los años me han arrebatado mi fuerza, y no puedo hacer otra cosa que exhalar vanos suspiros por la felicidad de la América. Tú, hijo mío, Oxfeler, tú serás el apoyo de tus amigos, y los altivos hijos del mar temblarán a tu nombre; tu gloria volará por tu patria, y recibirás las bendiciones de los que aman el país de sus padres. Hija mía, vamos, unámonos a Ixtlou; y pues que somos iguales en nuestra vejez como lo fuimos en nuestras hazañas de la juventud, llévame, y tendré el consuelo de abrazarlo antes de morir.

La virgen dio su brazo al guerrero y sostenía los trémulos pasos del anciano. Adelantándose solitarios por el mundo, parecían el emblema de la prudencia apoyada en la virtud, que camina abandonada y errante por el universo, y que rara vez aparece a los ojos de los mortales.

Llegaron a la mansión de Ixtlou, que reclinado sobre la tierra esperaba a su hija. Ogaule habló el primero diciendo:

—Ixtlou, mi amigo querido.

El anciano levantó lentamente su cabeza y exclamó:

—¿Es la voz del espíritu de mis amigos de los otros días, que vienen a visitarme en mi soledad desde sus casas celestes, o es la ilusión de los sueños que consuelan al desgraciado?

—Es tu amigo, es tu amigo que viene a partir hoy tus penas como partimos en días más felices la gloria y peligros. No vengo de las habitaciones del cielo, vengo del retiro del monte, donde esperaba la muerte, donde no creí volver a ver a los compañeros de mis años de juventud.

—¿Y vuelvo a oír tu voz, amigo mío, tu voz que era una tormenta para tus enemigos y suave como la música para los que te amaban? Ogaule, amado Ogaule, tú me das el único placer que puedo tener antes de dormir bajo de la tierra; separado de mi amada, sin hablar con otra persona que mi hija, la melancolía secaba mi corazón; pero ahora el lenguaje de la patria sonará otra vez en mis oídos, ahora hablaremos de nuestros hijos, compararemos sus hazañas a las de sus padres en los días de la antigüedad, y arderá de nuevo en mi pecho el placer que me causó la gloria. Ven conmigo y esta choza será nuestra habitación, hasta que el ángel negro señale quién ha de ir primero a esperar a su amigo en la morada de nuestros abuelos.

El corazón de Ogaule se había abierto al placer con un entusiasmo tan puro como en los días de sus amores. Ixtlou olvidó por un momento los dolores que oscurecían su alma para gozar de todo el deleite que le ofrecía la presencia del amigo de sus días de gloria. Netzula, llena de belleza, de ternura y de fuego, participaba de

las emociones de los ancianos y se complacía en la imagen del compañero de su padre. Octai lloró de regocijo al saber que la soledad no cercaría más la morada de su amado.

## II

La hija del guerrero continuó en llevar todo lo necesario a los dos ancianos; sola en el universo, su alma no experimentaba otras emociones que las del amor hacia estos objetos de su ternura, y su corazón ardiente deseaba estas impresiones vivas, aunque estaban muy distantes de satisfacerle.

Una noche encontró a su padre muy pensativo; parecía que toda el alma y toda la existencia del anciano estaban envueltas en sus pensamientos. En vano procuró Netzula distraerlo y arrebatarlo de sus meditaciones; él la estrechó en sus brazos, le habló fríamente de su madre y de su hermano, y parecía que la contemplaba con más cariño que otras veces. Ogaule le dirigió miradas muy tiernas, pero calló igualmente sobre el asunto que llenaba el alma de su amigo.

Recibieron noticias de Utali: su valor sobresalía en la guerra; Oxfeler le miraba como a un amigo íntimo, y era el confidente de sus determinaciones, y su defensor en los combates. Los ancianos vertían lágrimas de amor y de entusiasmo con la fama de las hazañas de sus hijos; y



cada una de las distinciones de Oxfeler a Utali era un vínculo más para los dos amigos.

—Hija mía —dijo Ogaule a la joven en una de las noches de la cabaña del monte—, hija mía, tú eres la más hermosa de las vírgenes de Anáhuac, y mi Oxfeler tiene un lugar entre los guerreros que aspiran al premio del valor y a la corona de la patria. ¿Rehusará la belleza unir su suerte al defensor de los pueblos?

Netzula dirigió una mirada a su padre, bajó los ojos y sus mejillas se colorearon como las manzanas del otoño; guardó silencio. Ixtlou estrechó la mano de su hija y sonrió; ella callaba, pero el guerrero dijo a su amigo:

—Un solo placer me resta sobre la tierra; cuando mi hija venga a aumentar los lazos que unen a nuestras familias, la espada de los extranjeros no será terrible a mis ojos y la tierra del sepulcro será lecho muy dulce a mi sueño.

—Sí —exclamó Ogaule—, tú serás la esposa de mi Oxfeler; él te amará y tú le amarás, y los votos de mi alma estarán colmados; habla, hija mía, dame este día de placer y volverá a levantarse en mi pecho la alegría.

Netzula contestó que nada podría ella negar de lo que hubiese de complacer a su padre, pero que esperaba saber los pensamientos de Octai; los ancianos estrecharon en sus brazos a su hija, y conocieron que su

madre partiría con ellos el placer que las esperanzas de este enlace les ofrecían.

La hermosa se retiró llena de las ideas de la noche; nada veía, ni el campo, ni la naturaleza; y su alma estaba absorta en las ilusiones y en la esperanza; el amor del primer guerrero, del defensor de Anáhuac, del hijo de Ogaule, halagaba su corazón y experimentaba un movimiento de orgullo de contemplarse esposa de Oxfeler; pero cuando pasaban estas consideraciones, su alma se hallaba sumergida en un vacío inexplicable. ¡Ay!, ¿es lo mismo la admiración que el amor? ¿Puede llenar un simple orgullo el lugar del más puro sentimiento del hombre?

Octai supo con placer quién era el esposo de su hija y vertió lágrimas al recuerdo de la juventud de Ixtlou; sólo le disgustaba la idea que de tiempo en tiempo se presentaba a su alma, a saber, que Netzula no conocía aún al hombre con quien debía unir su suerte; pero el corazón de la virgen era tan puro como el primer rayo de luz de la mañana, y la madre esperaba que aquel amor la llenaría del todo, que haría la felicidad de su hija.

La joven se había llegado a familiarizar con la imagen de Oxfeler; éste, a quien su padre había dado noticia de la mano que le preparaba, había contestado a su esposa con toda la ternura de la juventud y todo

el entusiasmo de un guerrero, y ambos estaban satisfechos y esperaban el fin de la guerra, o alguna ocasión favorable, para unir su suerte.

Los días de Netzula pasaban con tranquilidad, y las noches en el regazo de sus padres; su agitación solamente eran los ausentes, a quienes amaba en el campo. Su hermano y Oxfelel eran los que solían arrancar un suspiro de su corazón; alguna vez fijaba su atención en su madre, que oprimida por la edad volaba a la tumba. La juventud se complace en distraerse, aun en medio de los peligros, y las ideas lúgubres son desechadas de su pensamiento.

### III

El día de un combate se aproximaba; y aunque no era éste el que debía decidir la suerte de América, Ixtlou y su familia lo esperaban con ansia. Octai solía estar agitada por tristes presentimientos; temía que la muerte cubriese la hermosura de Utali. Netzula se estremecía al pensar en los peligros de los que amaba.

El día llegó; mil veces la flecha se tiñó de sangre de los hijos del océano; pero el rayo que lanzaban deshizo las fuertes columnas de Anáhuac y los guerreros abandonaron el campo. Netzula se paseaba en el jardín de su casa con la inquietud de la esperanza y el temor; oyó un leve ruido entre los árboles y vio una figura imponente que se acercaba a ella; se detuvo y esperó con resolución.

Era un guerrero; su cabeza estaba cubierta con plumas blancas y encarnadas; el oro y las piedras cubrían su cuerpo; una grande hacha en su mano y un escudo de un tamaño enorme en su izquierda; su talla era gigantesca, y un manto encarnado guarnecido de oro contribuía a hacer su aspecto majestuoso. Estaba

fatigado, y sus facciones conservaban aún el ademán terrible del combate.

Netzula resolvió momentáneamente mil pensamientos; pero la vestidura, que indicaba ser el guerrero de los principales jefes del ejército, le volvió la tranquilidad, aunque su corazón palpitaba fuertemente. Permaneció inmóvil y silenciosa con los ojos fijos en el jefe.

El guerrero rompió el silencio:

—Bella joven —exclamó—, ¿rehusarás la fruta de tus jardines al defensor de tu patria?

Netzula le presentó las más frescas y se atrevió a preguntar por Utali y el ejército; el joven sació la sed que le devoraba y habló así:

—El extranjero se presentó sobre las montañas; los fuertes de América estaban sobre el valle firmes, inmóviles, apoyados sobre sus armas, como la encina cuyas ramas se asientan en su ancho tronco; el sol estaba en sus armas; los hijos del océano se adelantan hacia nosotros, y un torrente de fuego va delante de ellos; el humo los envuelve, y el sol se oculta en un velo de nubes y sangre; el campo es todo un lago rojo, un sepulcro de héroes.

”La noche nos cubre entretanto, y la oscuridad envuelve el combate; nosotros nos retiramos al monte, y volveremos a unirnos en el bosque para luchar con los hijos del mar. Hoy estamos abrumados por la fatiga,

pero mañana buscaremos la muerte en las armas del enemigo; el lugar que ocupe nuestro cuerpo tendido por los campos será cubierto con gloria. Utali, el más valiente de los jóvenes de Anáhuac, derramará sobre él las lágrimas de la amistad y levantará mi fama; vive aún, y él será el consuelo de sus padres y la delicia de las hermosas de Anáhuac”.

La virgen había escuchado en silencio la relación de la muerte, pero las últimas palabras del héroe habían alegrado su corazón; sus ojos estaban animados y miraba al jefe como al amigo de su hermano; quiso preguntarle por Oxfeler, pero un rubor secreto coloreó sus mejillas y las palabras se disiparon en sus labios; después de un momento de pausa, convidó al jefe a descansar en su casa, pero el guerrero exclamó:

—La patria me llama, no me detendré, linda virgen; tu memoria me seguirá a todas partes y tu imagen vivirá siempre en mi corazón; volveré a verte cuando el fuego de los combates haya consumido al poderoso extranjero, cuando las aves del cielo celebren festín sobre el campo de su derrota.

El guerrero partió. Netzula fija en un lugar, estaba llena de pensamientos; la derrota de su país, el valor y la vida de Utali, la duda sobre Oxfeler y el amor de las últimas palabras del hijo de la guerra habían agitado su corazón; pensaba en sus padres y en su madre mori-

bunda, a quien podría conducir al sepulcro la caída de los bravos de Anáhuac.

La promesa de volver, que había pronunciado el valiente, ocupaba su alma; pero podría ser la expresión de la gratitud y no del amor.

La juventud vacila siempre en sus ideas; el joven había conmovido el corazón de Netzula; pero ¿por qué siempre el recuerdo de Oxfeler se unía a la imagen del guerrero de los jardines? Netzula por un movimiento involuntario resolvió no decir nada de aquel acontecimiento a su madre; cualquiera impresión profunda podría agravarla, y ella sería entonces acaso la causa de su muerte. Así encontramos en todas ocasiones razones plausibles para apoyar nuestras ideas. Volvió a su casa y aparentó tranquilidad, aunque su alma estaba llena de recuerdos y la memoria de Oxfeler se unía a todos sus pensamientos.

La derrota de América se extendió pronto y estaba coloreada de negro; sólo Utali y Oxfeler habían escapado de la muerte; el campo era el sepulcro del ejército; el desaliento era general y el miedo hacía grandes los estragos; se supo por fin que la mayor parte había llegado al bosque en que deberían reunirse, y que muy pronto volvería a encenderse la hoguera de la guerra.

Netzula dio aquella noche la noticia a los ancianos, y les llevó cartas de Oxfeler; en ellas vieron que aunque

la derrota era considerable, el valor, más fuerte que las armas, ardía aún en el pecho de los soldados; dentro de poco combatirían por la última vez, y anhelaban por-que llegase el momento de la batalla; las almas de Ixtlou y Ogaule crecían en los peligros, envidiaban la penosa muerte de los que habían perecido en el combate, y habrían querido participar de la gloria que esperaba a sus hijos.

Estrecharon a Netzula alternativamente en sus brazos y le recordaron la unión de Oxfeler; la virgen prometió su mano de nuevo al general de su patria y se sonrió con el entusiasmo de los ancianos; pero esta sonrisa tenía cierta melancolía amarga, como la que inspiran los sentimientos secretos y tristes del corazón cuando prevemos un mal indefinido e incierto.

Cuando volvía a su casa era cerca de amanecer, y la luz débil del oriente empezaba a iluminar los objetos; pero la virgen estaba llena de los acontecimientos del día; la idea del guerrero de los jardines vivía en su alma. Así pasaron muchos días, y la imagen del general del ejército había sido casi borrada poco a poco de su corazón; como a nadie había comunicado su encuentro, no volvió a oír hablar de él, y Oxfeler, cuyo nombre oía todos los días, ocupaba de nuevo su alma. Nuestras impresiones más vivas pasan ligeras y sólo vuelven a nosotros como la imagen de un sueño que nos conmovió; las

cartas del hijo de Ogaule no hablaban ya de Netzula, pero los ancianos lo atribuían a la guerra que llamaba toda su atención, y este silencio era acaso lo que hacía crecer el interés de la joven.

En una noche de las que vino la virgen al asilo de la ancianidad, dijo a Ixtlou:

—Padre mío, pasado el día de mañana habrán brillado sesenta primaveras sobre vuestra frente; en otros días más felices estaba yo al lado de mi hermano, y todos reunidos formábamos la alegría del corazón; pero hoy en los combates... acaso... mejor fuera que estuviese a nuestro lado y que se separase de los peligros...

—Calla, hija mía —interrumpió el anciano—; tus palabras son de una doncella tímida, hablas como una mujer débil. Jamás el hijo de Ixtlou huirá de los poderosos en la guerra; jamás llegará el postrero al combate del valor. Hijo mío —continuó después de un corto silencio—, el alma de tu padre se regocija en tus hazañas, y tu fama que se levanta es el placer de mi ancianidad; no temo tu muerte, todos tus abuelos murieron en los campos del bravo; temo que antes de tu caída no ciña tu frente el laurel de la gloria.

El anciano cesó de hablar; sus ojos brillaban en su rostro surcado por las arrugas y contrastaba el fuego que ellos despedían con el aspecto frío de la anciani-

dad; Netzula también estaba silenciosa; pero sus ojos estaban llenos de lágrimas, porque su pensamiento recordaba a Utali, al amigo de su juventud y de su niñez.

#### IV

**E**l día se acercaba, y la hija de Ixtlou marchaba por el monte llena de sus pensamientos, oyó el bramido de una fiera muy próxima y se paró helada de terror; un sudor frío corría por sus miembros y el cabello se erizó sobre su frente; temblaba como un ciervo cuando es sorprendido por el cazador.

Oyó [por] segunda vez un grito del animal; pero no era el acento ya del furor, sino el último gemido de uno que va a expirar, dilatado y profundo como los dolores de la postrera agonía de la vida. Osó sacar la cabeza del árbol en que se había ocultado, y vio un lobo expirando a los pies de un hombre que aún conservaba en su mano el dardo ensangrentado con que le había herido. Netzula estaba aún más sorprendida; el cazador podía investigar la morada de los ancianos, y esta idea era cruel para la hija de ellos.

La luz resplandece en el oriente y la joven no puede ocultarse ya; el cazador la conoce y se aproxima a ella; el héroe de los jardines es también conocido por la virgen de la noche; el jefe no estaba cubierto de oro ni

su cabeza de plumas, pero una piel de oso sobre sus espaldas y un arco con sus dardos en su mano realizaban la hermosura del cazador; fijó en tierra la punta del dardo, sus ojos en la hija de Ixtlou, y exclamó:

—Querida de mi corazón, tu imagen ha sido mi compañera desde el día de los jardines en el día y en la noche; en la caza y en el sueño, en las batallas y en el descanso has venido a encantar mis meditaciones; ¿rehusará la hermosa del Anáhuac el apoyo del fuerte para restituirse a la casa de sus padres?

La joven calló; pero sus mejillas estaban más encarnadas que el oriente. Por fin, dijo al cazador que los caminos eran seguros y que podría volver sola al asilo de su habitación; el héroe marchó pensativo, y la joven aún palpitaba cuando llegó a la casa de Octai.

¡Qué impresiones ocupaban de nuevo el alma de la hija de Anáhuac! Había vuelto a ver a este guerrero, a este hombre que la había sorprendido con todo el esplendor de la gloria y con todo el interés de la desgracia. Ahora no estaba tan lleno de brillo como el día de los jardines; pero su rostro no estaba abatido, y era más hermoso por sí solo con el vestido de cazador que con el uniforme sobresaliente y el plumaje de los guerreros.

“Así será Oxfeler”, se dijo en su interior la virgen, y este recuerdo de Oxfeler la amargaba en aquel momento. Se acordaba del compromiso que la unía con el

jefe, y esta memoria era como una nube que se levanta, vaga y empañada, y se interpone entre la luna apacible y el campo solitario.

Pasaron algunos días, pero no se olvidaba este pensamiento; y si la hija de Ixtlou hubiese sabido dibujar, habría podido retratar al joven que había debido a su generosidad los socorros del jardín. El silencio de Oxfeler hacía de cuando en cuando sospechar a la virgen que estaba olvidada en el corazón del héroe, que sólo anhelaba la sangre y la gloria. “¿Qué soy yo —se decía a sí misma—, en comparación de la perspectiva de fama que él tiene ante sus ojos? Anhela los combates y no aprecia ni mi afecto ni mi amor”.

Sin embargo, esta idea no la afligía mucho. Esta falta del héroe le volvía en parte su libertad, y ella se conocía dispuesta a desterrarlo de su pensamiento. Su idea favorita era entonces ceñirse la banda de las sacerdotisas del Sol y vivir separada del universo. En los pensamientos tristes nos fijamos en la religión y ella es el consuelo de las calamidades del dolor en la vida. ¡Oh, la joven bellísima del Anáhuac no tenía escrita la felicidad en su hoja del libro del destino!

En aquellos días se recibió una carta del hijo de Ogaule, en que hacía mención de Netzula. Estaba llena de un fuego que aun en sus primeras cartas jamás había usado. Los ancianos la leyeron a la hermosa, y en

el encarnado de su rostro creyeron leer el placer mal disimulado de su corazón; pero los pensamientos de la doncella se habían oscurecido con estas expresiones del amor.

Vuelta a la casa de su madre, meditaba en estos acontecimientos, y en su alma luchaba una multitud de irresoluciones. Oxfeler es su amante, el amante de la elección de su padre, el que ha tenido ya su palabra y su consentimiento; pero a pesar de las expresiones de ternura que le prodiga, a pesar de las esperanzas de fortuna y de gloria unidas a este enlace, ¡qué vacío deja en su corazón!, ¡qué imposible es para ella desterrar de su alma a ese guerrero desconocido que no tiene otro mérito que la impresión repentina que ha hecho sobre su alma!

Pero ya es casi público el matrimonio tratado entre el jefe glorioso y la hermosa de Anáhuac, y no pudiera, sin manchar su fama, ofrecer a otro un corazón en que había ofrecido colocar al héroe de la patria; este respeto a nuestro honor y a la fama pública es la pasión de las almas grandes; si a Netzula sólo se hubiese ofrecido por inconveniente la pérdida del puesto glorioso que la esperaba al lado de Oxfeler, no hubiera vacilado un solo momento para romper el compromiso que la unía con él, pero no podía resolverse a sacrificar su honor.

De esta manera resolvió separar de su corazón el recuerdo del cazador y consagrarse entera al hijo de

Ogaule; se ofrecía al sacrificio, y si lo resistía su voluntad, encontraba un apoyo en su conciencia y en la razón, pues ningún título podía tener a su amor un desconocido a quien sólo había visto dos veces, y cuya alma y costumbres estaban cubiertas con un velo.

Contestó, pues, la carta del héroe con todo el entusiasmo, que si no inflamaba su corazón, al menos era correspondiente a sus deseos y a los propósitos que había formado. Le ofreció de nuevo confirmar sus promesas con la solemnidad más fastuosa, luego que el laurel de la guerra cediese su lugar al mirto del amor.

—He aquí —dijo una noche al despedirse de su padre— mi respuesta al electo de vosotros; y sonrosándose partió al momento.

Ixtlou leyó la carta y abrazó ardientemente a Ogaule diciéndole:

—Amigo mío, he aquí el alma, he aquí la voz de mi Octai; cuando luchábamos en los juegos de la fuerza, así me hablaba la virgen de mi amor.

Los ancianos sintieron una lágrima correr por sus mejillas y gozaron anticipadamente el placer de la unión de sus hijos.



Los hijos de la España se han extendido por los campos de Anáhuac, como la tormenta que cruza por el inmenso cielo; el camino que conduce a la mansión del monte de los ancianos está cada día más peligroso e inseguro; ya las marchas de la virgen se retardan, y sólo se desliza por los campos cuando la llama la necesidad o puede servirla de asilo el oscuro seno de una noche lóbrega.

La mano dura de la enfermedad se asienta sobre su frente y el color de la rosa desaparece de sus mejillas; los pesares y los tristes presentimientos de su corazón agravan sus males. Se presenta una noche a propósito para ir a la cueva; la virgen procura esforzarse, pero Octai más prudente se ofrece ir a ella, y logra con trabajo que su hija permanezca en la casa.

Ha partido ya; pero también el sueño está muy lejos de los ojos de Netzula; Octai no volverá hasta el amanecer, pero su hija ha resuelto esperarla y no gozará de la tranquilidad antes de su vuelta. La inquietud por las personas que amamos es uno de los tormentos de la vida.

Netzula se ha colocado en una ventana y espera con ansia a la madre a quien debe el ser; la noche está oscura, las nubes presentan un cielo negro y uniforme, como el velo de un sepulcro; una estrella brilla solitaria por un momento y va a perderse en la oscuridad; así el rayo de la dicha para los hombres brilla un instante y desaparece en la inmensidad de los dolores.

Dentro de poco el agua cae impetuosamente, y el corazón de la doncella late con violencia; sabe que el camino de la montaña está cortado por muchos despeñaderos; oye distintamente el ruido de los torrentes que se precipitan de la altura y, entre tanto, se aproxima la hora en que Octai debe volver.

Esta hora ha pasado y nadie se presenta, el albergue paternal no ha oído otra voz que las violentas exclamaciones de la hija del héroe. Quiere salir, ¿mas adónde puede dirigir sus pasos por un suelo cortado en aquella hora por mil torrentes? Así pasa hasta el amanecer la noche en una mortal inquietud.

Al empezar la luz mira aproximarse entre las sombras del campo una figura elevada, y su pensamiento se fija por un momento en la idea halagüeña de que será su madre; mas las grandes formas del que se aproxima le hacen conocer que no es ésta la delicadeza de Octai.

Muy pronto no puede dudar ya que es la misma Octai que viene en los brazos de un hombre. Netzula,

sobresaltada, se precipita a la puerta, donde encuentra a su madre en pie al lado del extranjero; la joven reconoce en éste al guerrero que la había acompañado en la noche.

—Hija mía —exclama Octai—, reconoce a mi libertador; perdida en los montes, abrumada por la tempestad, desfallecida por el cansancio, esperaba la muerte recostada sobre la yerba; pero este hombre se presentó al socorro de mi desgracia y vuelvo a ver a la hija de mi amor.

El guerrero permanece en pie en la puerta de la casa; fijos los ojos en la virgen, la clavaba con sus miradas; Netzula, a su vez, parecía pedir al héroe la explicación de aquel suceso, y como preguntarle silenciosamente por qué motivo había podido hallarse en tan horrenda noche sobre la montaña.

De todas maneras, después de la última resolución en que se había determinado a acompañar al altar a Oxfeler, esta aparición repentina del desconocido, a quien a pesar suyo se inclinaba su corazón, cuya imagen aún vivía en él, era una especie de fatalidad unida a su destino; el nuevo mérito que acababa de contraer era una circunstancia que contribuía a avivar en su alma este sentimiento que tantas veces había querido deterrar de ella; el héroe era el libertador suyo, el salvador de su madre, y este hombre era al mismo tiempo el amado de su corazón.

Octai se retiró un momento a mudar su vestido que estaba empapado con el agua de la pasada tormenta, y Netzula, sola con el guerrero, teme una explicación. Para aparentar serenidad, y evitar si era posible el entusiasmo de su amante, le pregunta con interés el modo con que ha podido encontrar a su madre. El guerrero levanta su cabeza, y con acento apasionado responde:

—A vos era a quien yo buscaba.

La joven se sonrosea y guarda silencio. Él continúa:

—Desde la noche en que os encontré por el monte, he venido a él frecuentemente, esta habitación ha sido mis delicias; esta noche encontré a una mujer tendida y casi moribunda por la tempestad; pero estaba muy lejos de creer que era yo útil a vuestra madre. Hermosa joven, ¡ah!, una mirada y quedarán compensadas todas mis penas.

La doncella, cada vez más embarazada, desearía poner fin a las palabras del hombre; pero ellas causan placer secreto a su corazón; sus hermosos ojos se fijan en él por un momento y vuelven a clavarse en la tierra; una sola mirada, pero en ella ¡cuánta gratitud, cuánto interés, cuánto amor!

—Sed mía —exclama el extranjero—, sed mía, estoy cubierto de gloria, mi presencia es el terror del enemigo y mi corazón es todo vuestro; sed mía, no temáis; nadie puede oponerse a mi voluntad; la gloria,

el poder, la opulencia, todo estará a vuestros pies y, más que todo, mi alma que os adora; o si os agrada, a todo renuncio; vendré a vuestro lado a vivir feliz y a haceros dichosa con vuestra madre; vuestro amor lo prefiero a todo.

—Imposible, imposible —responde confusa y precipitadamente Netzula—; consagrad vuestro corazón a otras hermosas, vos seréis su delicia; ¡ah!, puedo amaros, pero unirme con vos, jamás, jamás.

—Vuestra madre se acerca —replica el héroe—, concededme a lo menos una gracia; decidme dónde puedo veros y todos los obstáculos desaparecerán. Hermosa de Anáhuac, ¿desecharéis a un jefe cubierto de gloria?

—No puedo veros —contesta la doncella casi llorando—; he ofrecido a otro mi corazón, no hay remedio, no hay remedio; mi pecho debe estar ya cerrado al amor.

Octai les interrumpe en este instante; atribuye la turbación de su hija a la conmoción que ha experimentado en su ausencia y, en la exaltación ardiente de su gratitud, prodiga con ternura mil expresiones de amistad al extranjero; éste la escucha silencioso; sus miradas, que de tiempo en tiempo caen en Netzula, llevan impresa la compasión, el amor y la desesperación, todo a un tiempo.

Octai procura hacerle aceptar algunos regalos, en vano; el guerrero dirige algunas palabras amistosas y melancólicas a la madre de la hermosa, y ha partido ya.

## VI

La joven está solitaria y afligida; mas los pensamientos del guerrero desconocido cubren su alma; su pecho se levanta de tiempo en tiempo con los suspiros de amor; pero la memoria de Oxfeler viene a oscurecer su corazón como una visión fúnebre que se aparece en medio de la oscuridad de la noche.

Octai habla del libertador y dirige a su hija palabras que respiraban toda su gratitud; alaba su hermosura, su gracia, y el valor y la fuerza sin igual con que había atravesado, con ella en los brazos, todos los torrentes, todos los precipicios. Netzula sonrío al escucharla; mas esta sonrisa estaba muy lejos de ser la expresión pura de la felicidad.

Octai, entretanto, había perdido en aquella noche todas las fuerzas que le quedaban; la edad había deslucido el esplendor de su frente y el sueño del sepulcro pesaba ya sobre sus lindos ojos negros, sus lindos ojos que fueron en los días de su juventud el amor de los héroes.

La hermosa, ya restablecida, protesta a su madre que no volverá a permitir que se arroje a las montañas,

que en dos o tres días ya estará ella misma capaz de visitar a los ancianos, y que el gozo de estrechar contra su pecho a su padre se aumentará con la idea de dejarla en seguridad.

Llega por fin la noche de la partida al monte, y Netzula siente aproximarse la hora de su marcha como un momento de infortunio. El desconocido le ha dicho que la noche de la tempestad a ella era a quien esperaba en el monte; ¿por qué no la esperará hoy? Su vista era para ella un placer profundo; pero sin embargo hubiera deseado no verlo más.

La luna no se presenta sobre el horizonte, pero las estrellas centellean con todo su brillo; la virgen la mira y parte entre los latidos de su corazón; desearía que hubiese pasado ya aquella noche, y sin embargo la consuela la vista de los ancianos.

Con la rapidez de una fugitiva ha atravesado el monte:

—Padre mío —exclama arrojándose a los brazos de Ixtlou.

El anciano la estrecha sobre su corazón y Ogaule viene a unir sus caricias a las de Ixtlou, y entre ambos disipan el pesar de la esposa de Oxfeler. La noche pasa sin sentirlo y las horas de la felicidad se acercan a su fin.

—Anda —exclama Ixtlou—, hija mía, va a amanecer y es necesario separarnos. Tu madre te llama.

Netzula pasa por el monte con la misma velocidad que ha venido, y va llena del amor de sus padres; mas las caricias de Ogaule tienen algo de triste para ella, le recuerdan a Oxfeler, y esta memoria es penosa para su alma.

Ha salido ya de la montaña, y repentinamente se encuentra rodeada por cuatro soldados cuya lengua es ignorada de ella; no puede dudarle, ha caído en manos de los españoles; conoce todo el horror de su desgracia y se resigna al sufrimiento; todo lo ha perdido para siempre, sus padres, su patria y aun su amante. La memoria de la aflicción de su querida madre no es el menor de sus tormentos. Inclina la cabeza, derrama una lágrima y marcha como la víctima al sacrificio del Sol.

Pocos pasos ha caminado, y sus opresores han huido abandonándola sobre el campo solitario; la luz del oriente ilumina ya todos los objetos, y brilla sobre las armas y el plumaje del héroe de los jardines que se presenta a su lado. Netzula, sorprendida, guarda silencio.

—Hermosa joven —exclama el guerrero—, he pasado las noches en la montaña esperándoos, y en ésta os he visto atravesarla; no he querido desobedeceros presentándome a vos, y era mi resolución contentarme con solo vuestra vista; pero los hijos del océano os sorprendieron, y no he podido dejar de libertaros; si

ellos se hubiesen defendido, mi muerte era cierta pues estaba solo; mas han creído por mi traje que el ejército me seguía.

—Valiente guerrero —dice Netzula levantando su frente—, todo os lo debo; huid, estos hombres vendrán dentro de un instante y seremos sus prisioneros; huid, huid.

—Huyamos —contesta el desconocido—, huyamos —e hincándose frente a la joven continúa—: sígueme, sígueme, ven a gozar en mis brazos de toda la felicidad; ven, la gloria, el poder, el amor, todo te llama a ser mi esposa, sígueme al altar.

—¡Nunca! —exclama Netzula llorando—, ¡nunca! La felicidad no se hizo para mí; estoy cerca de la casa de mi madre, huid vos, huid.

—Pues que no podéis ser mía —grita furioso el guerrero, poniéndose en pie—, pues que no podéis ser mía, id a gozar en los brazos de otro de los placeres; yo voy a buscar la muerte entre los enemigos —y se dirige apresuradamente en seguimiento de los españoles.

Netzula, sobresaltada, quiere detenerlo; pero él se ha separado bastante lejos de ella.

—Jamás seré de otro —exclama la virgen.

Suspirando el héroe vuelve apresuradamente y, tomándole una mano que estrecha en sus labios, le repite:

—Sígueme, sígueme.

—Nunca seré de otro —dice Netzula con toda la emoción del amor—, pero no puedo ser tuya —continúa con firmeza—: guerrero, la patria es tu primer deber, no la prives por una pasión del auxilio que debe esperar de ti en los días de su conflicto; vuelve al ejército y consuela con la gloria tu dolor.

—Si la patria me llama —repite el héroe—, combatiré por ella; pero buscaré la muerte en los combates, pues no hay felicidad para mí. ¡Adiós, mujer incomparable, adiós! Cuando la voz de mi muerte haya herido tus oídos, recuerda toda la violencia de mi amor. ¡Adiós!

El héroe ha marchado con la celeridad de la desesperación; Netzula, no menos llena de dolores, pero conociendo el peligro, ha vuelto aceleradamente a la casa de su madre.

## VII

Octai, madre tierna, esperaba a su hija con la impaciencia del afecto y de la incertidumbre; luego que la vio procuró informarse de la causa de su dilación, y la joven le refirió todo lo acontecido sin ocultar otra cosa que las protestas de amor del guerrero y la promesa que le había hecho ella de no ser jamás de otro.

El alma de Octai se exhaló en expresiones de gratitud al desconocido, y las exaltadas palabras de la madre se encontraban en una armonía perfecta con el corazón amante de la hija.

Entretanto, los males de la ancianidad no pierden nada de su fuerza y cada día aproximan al sepulcro a la esposa de Ixtlou. Las continuas agitaciones de su alma conspiran con su debilidad para conducirla aceleradamente a su fin.

Netzula por su parte se ha resuelto ya; tomará la banda de las sacerdotisas del Sol y renunciará para siempre al poder, a la gloria y a los hombres; sin embargo, esta renuncia ha hecho correr sus lágrimas. Para renunciar a Oxfeler bastaba renunciar [a] las grandezas

del mundo; pero para renunciar a los hombres era preciso renunciar a su querido, al desconocido libertador suyo y de su madre.

Pero no hay remedio; ha prometido su mano a Oxfeler; puede todavía renunciarle, pero no puede escoger otro esposo. Satisfecha de su resolución, recobra su tranquilidad, pero está grave y triste como la música de un funeral.

Los males de Octai no permiten a su hija que le comunique una cosa que, causándole una emoción violenta, puede agravarla; pero la comunicará a su padre, y remitirá a Oxfeler una carta en que renuncie a su enlace. Esto le parece lo mejor y el único partido que le resta.

Ixtlou oye silencioso la resolución de su hija; y aunque penetrado del más profundo dolor, no se atreve a oponerse a ella; cree este acto obra de la religión, y espera que el tiempo acaso destruirá en el corazón de Netzula el entusiasmo de la que ve poseída. Conviene, sin embargo, en que se avise a Oxfeler; y se reserva el volver a unir este enlace cuando se haya terminado la guerra y la presencia de Oxfeler pueda hablar en su favor a Netzula.

La joven, como descargada de un grave peso, vuelve a la casa de su madre; ya no hay aquella lucha de afectos que destrozaban su seno; pero la imagen del desconocido parece un tormento que la hace detestar esa banda sagrada que va a ceñirse y que ha escogido por él.

Octai la recibe con todo el afecto de una madre; pero su voz está débil y lánguida, como una sombra, como una voz de las personas que ya no existen. No hay ya esperanzas; va a abandonar a su hija para siempre y ésta determina avisar a su padre.

Ixtlou no teme a los peligros cuando se trata de ver por la última vez a la querida de su juventud; ha dejado la cueva del monte y lo acompaña Ogaule; ambos están al lado del lecho de muerte. Octai fija sus miradas alternativamente sobre todos sus amigos y, sin poder hablar, recomienda en palabras interrumpidas a su hija que cuide a Utali.

Su hija estrecha contra sus labios la mano helada de la moribunda. Octai fija sobre ella una mirada, y sus ojos están inmóviles para siempre. Está concluido: la hermosa, la brillante Octai, la que era la admiración de su juventud y a cuyo lado se agolpaban los amantes, ha muerto sola con su esposo y su hija y el amigo de ambos.

La hija conserva su serenidad exterior, pero la dicha no volverá a lucir para ella; procura consolar a su padre, mas ella misma necesita más que nadie de los consuelos. ¡Cuánta tristeza ha caído sobre ella en tan pocos días!

Ve conducir a su madre al sepulcro; las lágrimas corren en silencio sobre sus mejillas; pero ningún grito,



ningún acto de dolor estrepitoso se le ha escapado. Estas almas que reconcentran el dolor en sí mismas sufren más y, como si los pesares no hallasen salida, se fijan de un modo firme en su corazón.

Entretanto, ha llegado un correo del ejército, trae la respuesta de Oxfeler; manifiesta un sentimiento frío por la resolución de Netzula, y comunica que está para darse una batalla general que será casi decisiva.

Este aviso ha distraído a Ixtlou de su pesar; las memorias de sus pasados años renacen en su alma; recuerda los combates de su juventud y, en unión de Ogaule, ha determinado ir a presenciar el día de la batalla; marcharán, y sólo encargan a sus hijos que les den el aviso oportuno para presentarse en el campo.

Conversan entre sí y se cuentan las hazañas que hicieron en los otros tiempos. Netzula los escucha y el recuerdo de su guerrero desconocido entretiene su pensamiento, mientras que los ancianos se pasean sobre los días pasados.

Netzula no ha vuelto a hablar del templo del Sol, y su padre, que aún conserva la esperanza de unirla al jefe de Oxfeler, no quiere apresurar la ejecución de un proyecto, que aunque en secreto, pero ha sido reprobado; así pasan los días entre los diversos afectos del corazón de la joven y la lucha de los sentimientos impetuosos.

## VIII

Qué es la vida? El sueño del infortunio. El llanto en la cuna, los pesares en la juventud, el sepulcro por término de la carrera. Tal es la suerte del hombre.

Abatida por los dolores, la hija de Ixtlou sentía arder sobre su frente la fiebre que la conducía a la tumba; pero no queriendo afligir a su padre, callaba, y miraba la muerte como el lecho de su descanso, el asilo contra la tormenta.

Una noche que el sueño había huido de sus ojos, se encaminó a la roca que guardaba el cuerpo de su madre. El cielo brillaba en su esplendor; la naturaleza está serena, pero el alma de la virgen, como cubierta de un velo negro, no pueden penetrar a ella las ilusiones agradables.

Se sienta sobre la roca y se entrega a su llanto y a su meditación; las ideas tristes pasan rápidamente por su alma, pero dejan en ella rastros profundos. Se ha serenado un poco; sus palabras son ya más claras, y el aire de la noche recibe el acento melodioso de la joven.

—La noche está alrededor de mí, mi madre a mi lado, el dolor sobre mi corazón; madre mía, tú eras

mi encanto en las horas de la infancia. ¡Ay!, los días brillantes de mi juventud han pasado, no miro tu sonrisa, ni oigo tu voz en la casa de mi padre.

”Ahora mi frente está abrasada, abrasada como la hoguera del sacrificio; pero mañana estará a tu lado fría, helada, como el monte de la nieve; madre mía abre tus brazos, haz un lugar en el lecho de tu descanso a tu hija, tu hija a quien tanto amabas en tu vida.

”¡Adiós, Ogaule! ¡Adiós, Utali, hermano mío! ¡Ixtlou, mi padre, héroe de los pasados días, adiós! ¡Y tú, guerrero desconocido, amado mío, tú, cuya presencia me ha encantado, cuya imagen está fija en mi corazón, ya no volveré a verte!

”Yo era en otros tiempos la hermosa de Anáhuac, toda la belleza de la juventud estaba sobre mi frente; ahora las esperanzas de fortuna, de gloria, de amor, todo está concluido; amado mío, si en algún día tu voz llamare a tu amada sobre su sepulcro, mi sombra vendrá a corresponder con una sonrisa tu memoria”.

El canto de la noche ha cesado. Netzula ha bajado de la roca y camina por el campo triste y solitaria. Ixtlou se le acerca con el paso grave de la edad y le dice:

—Hija mía, sígueme, vamos a los campos de los guerreros; mañana debe ser la gran batalla; si los nuestros cayeren, cúbranos su tumba; mis ojos no verán la ignominia de la patria; si el triunfo corona a los hijos de

los héroes, yo me regocijaré en las fiestas de la juventud, y será pacífico después mi sueño sobre el lecho de tierra. ¡Ah!, ¿por qué mi brazo no puede sostener ya la espada de los combates?

El anciano calla; Netzula sigue a su padre, y Ogaule e Ixtlou se apoyan sobre el hombro de la joven; el camino es silencioso, pero los pensamientos llenan el alma de los viajeros. Ixtlou y Ogaule están entregados a la gloria de sus hijos. Netzula piensa en la suerte de su amante de los jardines.

El campo está lejos, y el mediodía los abrasa con todo su fuego antes de llegar; mas parece que los ancianos han cobrado nuevas fuerzas. Netzula, ardiente por la fiebre que la devora, tiene en sí misma todas las que necesita, y nadie siente el cansancio.

Se han aproximado; el rumor de las armas y de la batalla hiere sus oídos; el aire está cargado de voces de muerte; los ojos de los ancianos parecen haber recordado el fuego de sus primeros días; sólo el alma de la joven está triste con aquel rumor sangriento.

Un guerrero se presenta entonces a los viajeros; la palidez de la muerte lo cubre, y el terror está en su frente; sus vestiduras están abrasadas y llenas de sangre.

—¿Dónde está la batalla —exclamó Ixtlou—, dónde de los valientes de Anáhuac?

—Los hijos del océano prevalecen —contesta el guerrero—, el fuego de sus armas nos devora; la cabellera de nuestros bravos rueda por el polvo.

—¿Dónde está Utali? —exclama Netzula en su dolor.

—Utali y Oxfeler —responde el soldado— están en ese bosque; su espada ha sido el terror de los enemigos; pero heridos mortalmente, han sido retirados aquí a morir en paz; su gloria se levantará en los campos de los héroes; pero el Sol favorece a los extranjeros.

Los ancianos se encaminan al bosque; los heridos y moribundos están allí, y las vestiduras de la hija de Ixtlou se han salpicado de sangre; el anciano ha cono- cido a Utali.

—Hijo mío —exclama—, has muerto como los valientes; pero tu padre no te sobrevivirá; el hijo del extranjero ha destrozado la patria, pero tu gloria se le- vantará sobre tu sepulcro.

Utali ha expirado ya. Netzula en pie al lado de su hermano le contempla con toda la amargura de su amor; siente desfallecer sus fuerzas y va a caer al lado de su hermano.

Ogaule llama la atención de Ixtlou:

—He aquí a mi hijo —le dice, y le señala un gue- rrero extendido sobre la yerba.

La joven levanta los ojos y cree reconocer el pluma- je del moribundo; fija sobre él sus miradas, y este Oxfeler, a quien ella misma había despreciado; este héroe, cuya unión ha rehusado, es el mismo guerrero de los jardines, es su libertador y el de su madre.

La joven se precipita sobre él y exclama:

—¡Amado mío, amado mío, tuya para siempre!

El moribundo entreabre sus ojos y, estrechando con una mano a su amada, sonríe tristemente, y le se- ñala con la otra su herida; ha querido hablar, mas las palabras no han podido llegar a sus labios.

El héroe expira en los brazos de Netzula.

—Pues que no he podido acompañarte en mi vida —exclama ésta—, te seguiré a lo menos al sepulcro.

Procura incorporarse, en vano; toda su fuerza la ha abandonado; los españoles llegan en este instante; su espada completa la destrucción de la batalla; los deseos de Netzula están cumplidos: su sangre se ha mezclado a la del jefe de Anáhuac.

*27 de diciembre de 1832*

## NOTICIA DEL TEXTO

*Netzula* se publicó por primera vez en la Ciudad de México entre las páginas del primer tomo de *El Año Nuevo* de 1837, edición de la cual se desprende la presente.

En 1985, con un ensayo de Jorge Ruedas de la Serna, Celia Miranda Cárabes recopiló el texto en *La novela corta en el primer romanticismo mexicano* (Universidad Nacional Autónoma de México, Nueva Biblioteca Mexicana, 96).

La colección *Al siglo XIX. Ida y Regreso*, de la Coordinación de Humanidades (UNAM), retomó la serie de cuatro tomos (1837, 1838, 1839 y 1840) de *El Año Nuevo* para publicarlos en versión facsímil en 1996.

Ángel Muñoz Fernández recogió esta novela corta en la antología *Los muchachos de Letrán* en 2004 (Factoría Ediciones, La Serpiente Emplumada, 32).

JOSÉ MARÍA LACUNZA  
TRAZO BIOGRÁFICO

Nació en la Ciudad de México el 10 de agosto de 1809; fue periodista, narrador, político y poeta. Hijo de Ana María Blengua y del magistrado Juan María Lacunza, quien escribió algunas poesías con el anagrama de Can-Azul. Tras la muerte de los padres, los pequeños José María y su hermano, Juan Nepomuceno, quedaron a cargo de su tía, Guadalupe Blengua.

Estudió la carrera de leyes en el Colegio de San Juan de Letrán, del que más tarde sería docente y rector. Aprendió de manera autodidacta distintos idiomas, entre ellos, el italiano, el francés y el inglés. Miembro fundador de la Academia de Letrán (1836) junto a su hermano, Manuel Tossiat y Guillermo Prieto.

Su obra literaria se encuentra dispersa en varios periódicos y revistas, principalmente: *El Año Nuevo* (1837, 1838, 1840), *El Mosaico Mexicano* (1837), *El Recreo de las Familias* (1838), *El Semanario de las Señoritas Mexicanas* (1842), *El Siglo Diez y Nueve* (1842, 1843, 1851, 1853, 1856), *El Ateneo Mexicano* (1844, 1845), *Museo Mexicano*

(1845) y *Presente Amistoso* (1847). En *El Año Nuevo* de 1837 publicó *Netzula*, considerada la primera narración mexicana que incluye personajes indígenas.

Entre el 8 de febrero y el 21 de marzo de 1844, sostuvo una polémica, mediante una serie de cartas publicadas en *El Siglo Diez y Nueve*, con José Gómez de la Cortina acerca del método de impartición de Historia, cátedra recientemente abierta por decreto gubernamental.

En su carrera política se desempeñó como ministro de Relaciones Exteriores y de Hacienda durante el periodo presidencial de José Joaquín de Herrera (1849); en 1857 fue asignado como magistrado de la Suprema Corte de Justicia y, desde el cargo de diputado federal, se opuso a la suspensión del pago de la deuda exterior (1862).

Durante el gobierno de Maximiliano de Habsburgo fue nombrado ministro de Hacienda (1866) y presidente del Consejo de Estado. Tras la muerte de Maximiliano, fue exiliado en La Habana, Cuba, donde murió el 19 de junio de 1869.



*Netzula*, se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 22 de octubre de 2018. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm y Simplon Norm Light de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de NORMA B. CANO YEBRA. La edición estuvo al cuidado de ROSALÍA CHAVELAS PEÑA.